

El Credo Apostólico Explicado

El Credo apostólico Explicado

Raymundo Villanueva Mendiola

© Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Editorial: Publicaciones Tulip.

Coordinación editorial: Amilcar López.

Coordinación de diseño: Jaime Briones.

Diseño de portada: Publicaciones Tulip.

Revisión: Azael Flores Gutiérrez.

Marzo 2025

ISBN: 978-607-26823-2-0

Monterrey Nuevo León México

Impreso y hecho en México 2025

Es el Credo Apostólico una de las confesiones definitorias de la cristiandad. Si hay una declaración que especifique en sus términos más generales lo que significa ser cristiano, es la representada por este antiguo testimonial. En esta obra el Dr. Raymundo Villanueva explica puntualmente cada una de las afirmaciones que constituyen el Credo. Antes de ello, explica al lector qué es un credo, por qué es llamado apostólico y por qué es importante que el cristiano confiese su fe. De una manera sencilla el autor nos permite compenetrarnos en uno de los documentos más importantes en la historia de la iglesia.

--Dr. Adolfo García de la Sienra.

Índice

Dedicatoria

Prefacio

Prólogo

Introducción al Credo Apostólico	01
Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra	15
Creo en Jesucristo, su único Hijo y Señor nuestro	23
Creo en Jesucristo...que fue concebido del Espíritu Santo, nacido de la virgen María.....	32
Creo en Jesucristo, que padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado.....	41
Creo en Jesucristo... que descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los Muertos	50
Creo en Jesucristo que... subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.....	58
Creo en Jesucristo... quien desde allí vendrá al fin del mundo a juzgar a los vivos y a los Muertos	67
Creo en el Espíritu Santo	76
Creemos en la Santa Iglesia Católica	86
Creo en la comunión de los santos, el perdón de los pecados.....	96
Creo la resurrección de la carne.....	105
Creo en la vida eterna.....	113

DEDICATORIA:

Para Alejandra, Jezreel y Elías, dones de Dios para
mi vida.

Prefacio

La fe que ha capturado nuestro corazón es algo que nos impulsa día a día a vivir. Cada acto de nuestra corta existencia se ve influido de manera profunda por esta fe. Cada acto humano (pensar, reír, bailar, comer, estudiar, escribir, adorar, y un largo etcétera) proviene de la fe. Los credos son la expresión verbal, comunitaria y falible de la fe que hay en nuestro corazón. Se habla del credo cristiano, credo humanista, credo musulmán; todos ellos son la expresión de dicha fe. Alrededor de esos credos formamos comunidades, porque siempre buscamos a otros que creen como nosotros, y a la vez, los credos sirven como una forma de cohesión entre los hombres. Este libro pretende ser un estudio, desde las Escrituras, de lo que los cristianos afirmamos ser la Verdad, ante un mundo que está lleno de muchas “verdades”.

Este trabajo fue elaborado originalmente, como estudios que puedan durar 30 minutos de exposición, para la Iglesia Nacional Presbiteriana “Resurrección” de Cd. Valles, SLP, México. Iglesia que presenció momentos que han marcado mi vida, mi ordenación al pastorado, mi boda con Alejandra, y el nacimiento de mi primogénito, Jezreel. Fueron 9 años de trabajo pastoral, y de conocer amigos y hermanos que siempre llevaré en el corazón.

Agradezco a la Universidad Juan Calvin, mi Alma Mater, donde fui instruido para realizar la labor teológica con alta calidad académica. Al Edinburg Theological Seminary en Edinburg, Texas, USA, donde obtuve mi Doctorado en Teología bajo la premisa bíblica: “In lumine tuo videbimus lumen” “En tu luz veremos la luz” (Salmo 36:9)

También, quiero hacer un reconocimiento especial a mi familia, mi amada esposa Alejandra, y a mis hijos Jezreel y Elías, todos ellos han sido dones de Dios para mi vida, este es el fruto de su esfuerzo también y de su apoyo incondicional ¡muchas gracias!

Agradezco profundamente a los que han hecho posible este trabajo con sus comentarios, correcciones e ideas que siempre abonaron a la mejora del manuscrito. Cualquier error debe ser adjudicado a un servidor.

Agradezco sobre todo a los revisores de la editorial Tulip y especialmente al Mtro. Amilcar López, quien ha sido un apoyo en lograr la publicación de este material.

No puedo terminar este pequeño prefacio, sin agradecer a Aquél que es fuente superabundante de todos los bienes, a Quien da a los hombres la capacidad de reflexionar y escribir lo reflexionado, a Aquel que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y Quien gobierna todas las cosas, según Su soberano designio. Al Dios todopoderoso sea la gloria y honor por esta publicación.

Raymundo Villanueva Mendiola

Prólogo

Desde sus inicios, la iglesia ha enfrentado desafíos que buscan desestabilizar la fe en el Señor. Por ello, una y otra vez se nos llama a reafirmar aquello que hemos recibido y, al mismo tiempo, a confrontar las falsas doctrinas que sutilmente se han infiltrado en la iglesia de Cristo.

El apóstol Pedro escribió al respecto: “*sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros*” (1 P. 3:15).

Es evidente que Pedro exhorta a los cristianos que sufren bajo una persecución cruel y despiadada a mantenerse firmes y, a la vez, a presentar defensa de su fe. La palabra “defensa” en griego es apología, algo a lo que todo cristiano está llamado de manera constante.

Ahora bien, para hacer apología, el creyente debe conocer y comprender las doctrinas bíblicas, de modo que pueda articular su fe con mansedumbre y reverencia. Un ejemplo de esta defensa lo encontramos en Hechos 22, donde observamos cómo el apóstol Pablo responde con claridad y firmeza ante quienes exigían una explicación por su cambio repentino.

Pablo inicia su defensa diciendo:

“Yendo yo, al llegar cerca de Damasco, como a mediodía, de repente me rodeó mucha luz del cielo; y caí al suelo, y oí una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo entonces respondí: ¿Quién eres, Señor? Y me dijo: Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues. Y los que estaban conmigo vieron a la verdad la luz, y se espantaron; pero no entendieron la voz del que hablaba conmigo. Y dije: ¿Qué haré, Señor? Y el Señor me dijo: Levántate, y ve a Damasco,

y allí se te dirá todo lo que está ordenado que hagas. Y como yo no veía a causa de la gloria de la luz, llevado de la mano por los que estaban conmigo, llegué a Damasco” (Hch. 22:6–11).

Conocemos bien hacia dónde se dirigía Saulo cuando el Señor salió a su encuentro. No deseó detenerme en toda la historia, sino resaltar la firmeza, claridad y contundencia con la que el apóstol dio testimonio de su fe.

Por eso celebro que, en estos tiempos, exista un renovado interés por escribir sobre temas fundamentales, como el Credo de los Apóstoles, que constituye la declaración de los fundamentos doctrinales de la iglesia. Asimismo, reconozco la claridad con la que el autor expone cada uno de sus comentarios, lo cual sin duda servirá para que, como iglesia, seamos instruidos en los aspectos básicos de nuestra fe.

Ph. Amilcar López López

1

Introducción al Credo Apostólico

*“Porque él dijo, y fue hecho;
Él mandó, y existió” (Sal. 33:9)*

Este es el primero de 13 capítulos. El propósito de este es introducirnos al estudio del Credo. Aprenderemos qué es un credo, y en este caso, por qué se llama apostólico. Posteriormente, estudiaremos cada una de las doce afirmaciones que contiene este breve credo. Para entender qué es un credo, debemos saber, que el Dios que adoramos es un Dios que se revela, después debemos entender que el ser humano es un ser religioso y, por último, debemos entender nuestro llamado a confesar nuestra fe.

1. EL DIOS QUE SE REVELA

La realidad fundamental del cristianismo es, que Dios se ha revelado, se ha dado a conocer. Dicha revelación, es el acto de Dios por medio del cual, Él mismo, quita el velo que impide que le conozcamos y se muestra tal como es. De ahí el significado de la palabra revelación: “*quitar el velo para dar a conocer lo que era previamente desconocido*” (Harrison, 2006, 539). Dios no es un dios que quiere quedar oculto, no es un concepto metafísico para darle sustento teórico a la realidad, es el Dios vivo que se da a conocer y que se muestra a nosotros al crearnos y al redimirnos. ¿Cómo se ha revelado? ¿Cómo se ha dado a conocer? Por medio de su única y triple revelación, que comúnmente llamamos Palabra de Dios. Esta

Palabra de Dios, es como Él ha escogido revelarse a nosotros los humanos. Dicha palabra de Dios es descrita en las Escrituras de tres modos distintos y, sin embargo, es la única y completa Palabra-Revelación de Dios. La primera forma en que es descrita es la que llamaremos Palabra creacional, la segunda, Palabra encarnada, y la tercera, Palabra escriturada.

a) Palabra Creacional

La palabra creacional la podemos encontrar descrita en Genesis 1, donde el Señor habla y el universo comienza a existir (Sal. 33:9). Los llamados “fiat” (sea) de Dios, son el mandato original para que todo tenga su ser; leyes, cosas, estados de cosas, seres humanos, etc. Todo lo que existe, existe por Su poderosa Palabra. El Salmo 33:6, explica que “*por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca*”. En un lenguaje metafórico, pero no por eso menos real, Dios establece la existencia de todas las cosas por un acto de poder irrevocable, Su decreto, Su Palabra. El salmo 119:89-91 dice que: “*Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos. De generación en generación es tu fidelidad; Tú afirmaste la tierra, y subsiste. Por tu ordenación subsisten todas las cosas hasta hoy, pues todas ellas te sirven*”. Esta porción es muy enfática, al decir que esta Palabra es un orden, una ley que mantiene el universo en funcionamiento, y a la vez, condiciona la existencia de todo lo creado a un hecho esencial: servir a Dios. El Salmo 148:6 explica de las criaturas que “*Los hizo ser eternamente y para siempre; les puso ley que no será quebrantada*”. Su ley es el fundamento para toda la existencia, y por tanto existen leyes impuestas a Dios para la naturaleza. Por otro lado, también Dios estableció leyes o normas para la cultura, siendo esta su Palabra-ley para el ser humano en Génesis 1:28: “*Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las*

aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” y la cultura, para toda la existencia. Este es el llamado, mandato cultural, que está enraizado en la ley de Dios para la Creación, por ello, el ser humano es inevitablemente un ser que hace cultura, que modifica su entorno, que hace grandes progresos científicos, tecnológicos, artísticos. La Palabra-ley de Dios creacional, establece el contexto de todas nuestras actividades y la posibilidad de las otras manifestaciones de la revelación divina. En palabras de Vander Stelt: “*La revelación creacional es básica para que la Escritura exista, para que los humanos la lean, para que la Palabra de Dios se encarne, el Espíritu sea derramado, y el Resucitado regrese*” (Vander Stelt, 2020, 215). Sin la revelación creacional, no habría Sagrada Escritura (piensa en la tinta y el papiro), ni idiomas hebreo o griego y mucho menos sus traducciones al español (un desarrollo cultural), no habría encarnación, ni la presencia del Espíritu en el mundo, incluso, si no hubiera creación, ¿a dónde volvería Cristo? El universo entero es la revelación de Dios, como lo expresa Romanos 1:20, donde conocemos el “*eterno poder y deidad*” de nuestro Dios, es decir, su gobierno continuo sobre la creación. “*Por eso, desde el comienzo hasta el fin, nuestro mundo es impensable aparte de la función mediadora de la Palabra de Dios. Fue creado por la Palabra. Por la misma Palabra está siendo preservado y su historia está siendo dirigida por ella hacia su destino escatológico*” (Spykman, 1994, 88)

b) Palabra Encarnada

La Palabra encarnada, no es un libro, sino, una persona, el Verbo de Juan 1:1, quien se encarnó como hombre, Jesús el Cristo. Este Jesús es llamado el Logos por Juan en su evangelio, y quiere decir, en palabras de Atanasio de Alejandría: “*Dios Verbo en persona que vive y actúa, al*

Verbo del Dios bueno del universo, que es distinto de las palabras creadas y de toda la creación: es el único y exclusivo Verbo del buen Padre, que ordenó este universo y lo ilumina con su providencia.” (Atanasio, 1992, 110). La existencia de cada cosa, su cohesión, su utilidad, y cada característica de las criaturas, están definidas por el Verbo. Lo explica Colosenses 1:15-17 diciendo: “*Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten*”. Esta última frase merece especial atención, la palabra griega para subsistir es *συνίστημι* (sinistemi), y quiere decir “*poner junto, constituir, establecer, continuar, durar, existir*” (Arndt, 1952, 798), y hace referencia a “*mantenerse con o caer juntamente*” (Diccionario Vine). La creación se mantiene con Cristo o cae juntamente con Él. El destino de todo lo que existe está en Cristo, Él está dirigiendo la creación hacia su propósito principal: Dar la gloria a Dios. El Verbo es por quien todas las cosas fueron hechas, y a la vez, Él sostiene el universo cohesionado y en existencia por Su poder. Esta es la labor cósmica del Señor, mantiene el cosmos, es decir, el orden ley que sostiene la existencia y permite que todo funcione correctamente. Es Dios mismo obrando para sostener su universo y darse a conocer. Hebreos 1:1-4 explica que el Señor habló primeramente por los profetas, pero que en última instancia nos habló en Jesucristo, la revelación última de Dios, por quien hizo el universo. En ese punto el autor de Hebreos une la labor cósmica de Cristo en la creación, con su obra redentora, de tal forma que nos dice que Él “*efectuó la purificación de nuestros pecados*”. Jesucristo, el Logos, se hace hombre (Juan 1:14), en este acto, nos revela a Dios mismo. En el caso de la creación, nos lo revela como el Dios

soberano que gobierna sobre todo, pero en la encarnación nos revela redentoramente su persona divina. Por ello nuestro Señor Jesucristo es llamado “la imagen del Dios invisible” (Col. 1:15), y también Él mismo llegó a afirmar “*quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Juan 14:9), Él es la revelación plena de Dios. Y como tal, se ha dado a conocer a nosotros como Aquél que está dispuesto a dar su vida para cumplir la exigencia que nosotros no pudimos cumplir, la obediencia total a Dios. Y a la vez, cubrir con Su sacrificio nuestro pecado y así reconciliarnos con Dios. Esto lo testifica Colosenses 1:18-20 “*y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agrado al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz*”. El oficio redentor del Logos es maravilloso, porque el mismo Mediador por medio de quien fueron creadas todas las cosas, es quien también salva todas las cosas. La redención obrada en Cristo Jesús, es volver a colocar el universo en el orden cósmico establecido por Dios. De tal forma que la condición pecaminosa del hombre, es erradicada por el sacrificio de Cristo, dándonos su propia justicia para que vivamos ante el rostro de Dios como sus hijos (Ef. 1:7). Incluso, la misma creación, será “*libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios*” (Ro. 8:21). “*Cristo Jesús encarna la revelación de Dios, revela quién es realmente Dios, e hizo lo que Dios quería que los humanos hicieran. Al originar, y mantener, Su Palabra poderosa y llena de amor, Dios reveló, a través de Su Hijo, el origen de todas las cosas, la verdadera naturaleza de la certeza humana, y la razón última para que los humanos actúen como sus hijos a su imagen*” (Vander Stelt, 2020, 214)

c) Palabra Escriturada

A diferencia de la palabra encarnada, la Palabra Escriturada es un libro, y como tal es el registro inspirado de los poderosos hechos de Dios a favor de la humanidad. La Palabra de Dios en su forma escrita viene a nosotros con poder revelador para señalar a la Palabra-Ley de Dios para Su creación, y a Aquel que es la Palabra de Dios. De tal forma que, el hombre total pueda ser conformado en un “hombre de Dios” completamente capacitado para vivir de acuerdo con la voluntad de Dios. Las Escrituras nos muestran la forma correcta de interpretar nuestro entorno, como la creación de Dios (Génesis 1), como Su Reino (Salmo 24:1; Salmo 103: 22), que Él gobierna por medio de Su Ley (Salmo 119:89-91), de tal forma que los ídolos de las naciones son estimados como nada, no hay otro Dios, solo el Señor (Salmo 135:15; 1 Cor. 8:6). De esta forma, los 10 Mandamientos son la expresión individual del más grande mandamiento: Amar al Señor nuestro Dios con toda nuestra existencia, y del segundo, amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:40). Uno de los propósitos de las Escrituras es señalar al hombre la forma de vivir en la relación de Pacto que Dios ha establecido con nosotros. *“Es la indispensable guía respecto a qué creer y cómo vivir en la vida diaria”* (Vander Stelt, 2020, 214). En este sentido, las Escrituras también señalan con inspirada autoridad quién es el Señor de la existencia, el Creador y Redentor de todo lo que existe. Como lo expresa Juan 20:31 *“Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”*. Muchas cosas han sido dejadas fuera de las Escrituras, porque el propósito de la Biblia es apuntar a Jesucristo como el Creador y Redentor, por medio de Quien podemos tener vida eterna. El propósito de las Escrituras es obrar la fe en Cristo y mostrar al hombre el camino que debe seguir. De ahí la afirmación apostólica:

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. La inspiración de las Escrituras nos mueve para considerarlas, la Palabra misma de Dios, escrita en palabras humanas, sin error. De tal forma que la Biblia se vuelve para nosotros, los lentes que nos permiten ver correctamente a la creación y al Creador y Redentor de nuestras vidas, y de esta forma comenzar a vivir para la gloria de Dios.

La Revelación de Dios no puede ser reducida únicamente a las Escrituras. Dios se revela a sus criaturas “estructuralmente” en su Palabra creacional, lo hace autoritativamente en nuestro Señor Jesucristo, Su Palabra encarnada, y lo hace direccionalmente en Su Palabra escriturada. Solo así podremos entender el pleno carácter de la revelación divina; Dios, por decirlo así, nos ha acorralado con Su revelación. Se nos revela en la creación (Ro. 1:20-32); en Jesucristo (Juan 1:18) y en las Sagradas Escrituras (Ro. 16:26). Esta es la revelación completa del Señor, y así viene a nosotros para transformarnos.

2. EL SER HUMANO, UN SER RELIGIOSO (IMPLICA DOS COSAS)

El ser humano está llamado a vivir responsablemente ante el rostro de Dios (coram Deo), esto es así desde su creación, cuando el Señor le dijo *“Fructifica y multiplícate y señorea en toda la creación”* (Gen. 1:27). El hombre fue puesto en una relación de pacto que le demandaba poner su confianza en el Señor para toda su labor (Gen. 2:15-17). Por lo mismo la demanda constante del Señor es doble: Amar a Dios con todo lo que somos y hacemos y Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mt. 22:37-40). De esta forma nos damos cuenta de que la revelación creacional es el marco de nuestras

acciones, la revelación autoritativa es el “por quién” de nuestras acciones, y la revelación direccional es el “para qué” de nuestras acciones. En toda nuestra actividad humana estamos llamados a responder a la triple revelación de Dios. Esta respuesta desde la caída del hombre en el pecado, y la posterior redención en Cristo, se puede dar en dos formas: en amorosa y obediente respuesta al Creador y Redentor de todas las cosas, o en rebelión contra el Creador y Redentor. Todos nuestros actos, políticos, económicos, académicos, familiares, eróticos, síquicos, etc., están dirigidos religiosamente en obediencia o desobediencia al Señor. De ahí que, el llamado del creyente que ha sido lleno del Espíritu Santo es “ser ministro de la reconciliación” (2 Cor. 5:18) haciendo que sus obras testifiquen de la redención traída en Cristo y así se glorifique el nombre de Dios (Mt. 5:16). Pero también, el no creyente testifica de la confianza última en sus actos educativos, síquicos, académicos y económicos. Esta es una característica propia de ser humano, ya en Génesis 4 y 5 vemos el desarrollo humano de los diferentes aspectos de la creación, como la cría de ganado, la creación de tiendas, la metalurgia y la música, pero también la invocación comunitaria y cultural de Dios (Gen. 4 y 5); algunas de estas cosas hechas para autoglorificarse, y otras para glorificar a Dios. Todos nuestros actos, así, expresan la religión que hay en el corazón.

A su vez, el llamado del creyente no solo es, a participar de la redención del mundo que Cristo ha comprado, también es un llamado a proclamar públicamente su fe en aquello que le da sentido a su existencia. Este llamado del Señor a reunirse y adorar públicamente al Creador y Redentor se ve claramente testificado en las Escrituras cuando se repulica el mandamiento acerca del día de reposo: “*Acuérdate del día de reposo para santificarlo... es para Jehová tu Dios*” (Ex. 20:8 ss). De esta forma el creyente en Cristo se reúne periódicamente, a horas específicas, para proclamar la

grandeza del Señor en actos simbólicos que reflejan su fe y la fortalecen (como el culto, la oración, la lectura de la Palabra Escritura, la Predicación, los sacramentos, y los cantos). A su vez, los no creyentes en Cristo también tienen actividades que fortalecen su fe, como los servicios en las mezquitas, o sinagogas, o los diferentes actos de glorificación a la Patria por el Gobierno. El ser humano expresa su carácter religioso tanto en los actos económicos, políticos y sociales, como en los actos de fe.

3. EL LLAMADO A CONFESAR.

El ser humano, como ya dijimos, tiene un llamado a proclamar públicamente su fe en aquello que le da sentido a su existencia. Nuestro Señor Jesucristo dijo: “*el que me confesare delante de los hombres yo le confesaré delante de mi padre*” (Mt. 10:32) El apóstol Pablo también llama a Timoteo a “*permanecer fiel a la buena profesión hecha delante de muchos testigos*” (1 Tim. 6:11-16). De hecho, a lo largo de las Escrituras, encontramos diferentes expresiones que los estudiosos consideran reglas de fe. Recuerda que en el punto sobre la revelación de Dios, dijimos que las Escrituras nos enseñan qué creer y cómo vivir la vida. Una de esas confesiones más antiguas es la fórmula trinitaria del bautizo, que dice: “*bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*” (Mt. 26:18). Otro ejemplo es el de 1 Timoteo 3:16: “*Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria*”. O la de Filipenses 2: 5-11, que dice: “*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose*

obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”

Todas estas referencias bíblicas nos hablan claramente sobre el llamado de los creyentes a confesar comunitariamente aquello en lo que depositan toda su confianza y lealtad. De ahí que, cuando a los creyentes se les exigía que abjuraran de Cristo, y profesaran lealtad al Cesar diciendo: “Cesar es Señor”, se negaran y afirmaran: Jesucristo es Señor. O dicho en palabras de Taciano (120-180), apologista del siglo II: “*Sólo si se me manda negar a Dios, no estoy dispuesto a obedecer, sino que moriré antes, para no ser condenado por embusteros e ingratos*” (Ruiz, 2009, 1290). Una de las más antiguas, es la pequeña palabra “*pez*”, utilizada en griego como acrónimo de una breve confesión de fe, usada por Abercio (Quasten, 2004, 33). Dicha palabra en griego es IXΘΥΣ, pez en griego. Y en forma de acróstico quiere decir: Ἰησοῦς Χριστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτήρ “Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador”. La Iglesia, los creyentes, son llamados a testificar públicamente su fe, como muestra de lealtad y fidelidad a Aquél, quien, por medio de Jesucristo, les ha dado vida, aliento y todas las cosas.

“*Un Credo es la declaración pública y comunitaria de la lealtad que profesamos desde el corazón a lo que consideramos fundamental o básico para nosotros y los otros seres humanos*” (Vander Stelt, 2020, 220). El Credo Cristiano es la declaración pública y comunitaria de que somos leales a un solo Dios, el Padre, quien ha creado todas las cosas; el Hijo, quien ha redimido todas las cosas; y el Espíritu Santo, quien está santificando todas las cosas, y que todos los hombres y mujeres deben someterse en obediencia a Él. Por medio del Credo, declaramos al Señor nuestra lealtad a Él, y

le decimos a los otros seres humanos en dónde se encuentra nuestra lealtad, llamándoles a someterse también a este poderoso y amoroso Señor.

4. EL CREDO APOSTÓLICO

Rufino de Aquilea (345-411) describe en su *“Commentarium in Symbolum Apostolorum”* una leyenda muy difundida en los primeros siglos del cristianismo sobre el origen del Credo Apostólico:

“Estando en la noche previa a separarse, primero acordaron un estándar de su predicación futura, no sea que tal vez, cuando separados, pudieran variar en algún particular en las afirmaciones que harían a aquellos que invitarían a creer en Cristo. Estando todos juntos, y siendo llenos con el Espíritu Santo, compusieron, como hemos dicho, este breve formulario de su futura predicación, cada uno contribuyendo sus propias frases a un resumen común: y ordenaron que la regla así realizada fuera dada a aquellos que creen” (Schaff, 2004, 542)

Es muy poco probable que los apóstoles hayan realizado algo parecido. Su contenido esencial lo encontramos ya en las Escrituras, como lo hemos explicado anteriormente. Y a la vez, existen testimonios antiquísimos del uso de fórmulas o reglas doctrinales para identificar a los creyentes verdaderos de los falsos. Por ejemplo, Ignacio de Antioquía (38-108/110) escribe en su carta a los tralianos capítulo 9:1-2 lo siguiente: *“Tapaos, pues, los oídos cuando alguien venga a hablaros fuera de Jesucristo, que desciende del linaje de David y es hijo de María; que nació verdaderamente y comió y bebió; fue verdaderamente perseguido bajo Poncio Pilato, fue verdaderamente crucificado y murió a la vista de los moradores del cielo, de la tierra y del infierno. El cual, además, resucitó verdaderamente de entre los muertos, resucitándole Su propio Padre. Y a semejanza suya, también*

a nosotros, que creemos en Él, nos resucitará del mismo modo Su Padre; en Jesucristo, digo, fuera del cual no tenemos el verdadero vivir.” (Ruiz, 2009, 398).

Aquí encontramos una regla de fe por medio de la cual habrían de distinguirse los verdaderos creyentes de los docetistas, quienes afirmaban que Cristo no había existido como un verdadero ser humano, de ahí el énfasis en los actos que apuntan verdaderamente a la humanidad de Jesús (nació, comió, bebió, fue perseguido, fue crucificado, murió, y resucitó).

También encontramos a Tertuliano (160-220), quien escribe en su *De praescriptione haereticum*, capítulo XIII una fórmula o regla de fe de la siguiente manera:

“Hay un único Dios, y que Él no es otro que el Creador del mundo, quien produjo todas las cosas de la nada a través de Su propia Palabra, que fue enviada; que esta Palabra es llamada su Hijo, y, bajo el nombre de Dios, fue visto “en diversas maneras” por los patriarcas, escuchada en todo tiempo en los profetas, por último traída abajo por el Espíritu y Poder del Padre, en la virgen María, que fue hecho carne en su vientre, y, habiendo nacido de ella, fue conocido como Jesucristo; desde entonces predicó la nueva ley y la nueva promesa del reino de los cielos, haciendo milagros; habiendo sido crucificado, se levantó otra vez al tercer día; habiendo ascendido a los cielos, se sentó a la mano derecha del Padre; envió en lugar de sí mismo el Poder del Espíritu Santo para dirigir así a los que creen; vendrá con gloria para tomar a sus santos al gozo de la vida eterna y de las promesas celestiales, y para condenar a los malvados al fuego eterno, después de que la resurrección de ambas clases haya ocurrido, junto con la restauración de su carne” (Schaff, 2004a, 249).

Es importante notar que los elementos esenciales de lo que posteriormente será llamado el Credo Apostólico ya existen en estas antiguas fórmulas. Existen otros testimonios

que apuntan a la antigüedad de la doctrina del Credo apostólico, y que si bien, como testifica Rufino (Schaff, 2004b, 545) hay adiciones propias de las luchas regionales contra doctrinas heréticas, el cristianismo se expresaba claramente en las afirmaciones del llamado Credo Apostólico. Se le llama “Apostólico” porque, aunque no lo hayan escrito los apóstoles, sí refleja la enseñanza que ellos nos legaron, y la fe que está en el corazón de la Iglesia, desde su mero comienzo. Pero la forma actual del Credo Apostólico se desarrolló gradualmente, y aparece como texto terminado antes de comenzar el siglo VI, con Cesáreo de Arlés (Quasten, 2004, 35). Pero su formato inicial puede rastrearse hasta la segunda mitad del siglo II (Durán, 2023, 30). Su memorización siempre fue parte esencial de la transmisión de la fe, de tal forma que, la unidad se manifiesta en la declaración de estas doctrinas como parte de la herencia cristiana. Así, todo creyente, a lo largo de los siglos confiesa las mismas afirmaciones esenciales sobre la fe.

Según Johannes Quasten: “*Desde el tiempo de los Apóstoles fue costumbre de la Iglesia exigir antes del bautismo una profesión explícita de la fe sobre las doctrinas esenciales de Jesucristo. Los candidatos debían aprender de memoria una formula determinada y tenían que recitarla en voz alta delante de la asamblea*” (Quasten, 2004, 33)

Así, los creyentes profesaban su lealtad a Dios públicamente ante otros creyentes. Y a la vez, daban testimonio claro y directo ante una cultura lejos de Dios que debía arrepentirse y creer en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Así, se separaban del mundo, para unirse a Cristo y a Su Iglesia. Y así, formaban parte de aquellos que se identificaban con Cristo, los cristianos. La fe de la Iglesia se ha ido refinando a lo largo de dos milenios, y, sin embargo, permanece una sola, y podemos identificarla ahora y en el siglo primero. Porque es una fe viva, que va madurando con el tiempo, refinando sus conceptos, e incluso corrigiendo

posturas, pero siempre apegada a la verdad que le ha sido revelada y que jamás podrá abandonar.

CONCLUSIÓN

Dios nos tiene, y permítome decirlo así una vez más, acorralados por todos lados. Porque Su Revelación en la Creación testifica su poder y autoridad sobre todos nosotros. Su revelación en Jesucristo nos ha dejado sin excusa, ya que Dios mismo se hizo hombre. Y su Revelación Escrita, nos confronta diciendo: ¿Qué harás con Jesús, llamado el Cristo? Su triple revelación nos exige someternos, pero la humanidad pecadora sigue rebelándose y prefieren negar las normas de Dios para la creación, sacar a Cristo de la ecuación, y reducir las Escrituras a un mero libro histórico. No así los cristianos, aquellos que han sido tocados por la gracia y la misericordia de Dios, porque ellos se han dado cuenta de su pecado y maldad, y desde hace 2000 años profesan públicamente su lealtad a este soberano Señor. El Credo Apostólico es un testimonio sencillo y firme, ante un mundo cambiante y lleno de dudas, de que Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, está gobernando y restaurando Su creación, y que debemos unirnos a su proyecto de restauración mundial, para que el Reino de Dios sea visible en este mundo.